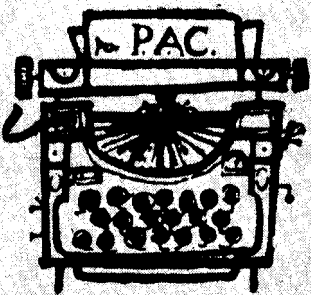


Escrito a máquina

EL DESCENSO AL INFIERNO



En uno de los extraños libros que produjo la vida de la Tebaida, en los desiertos de Egipto y de Siria, en el Siglo IV, titulado: "Prolegomena a los apóstegmas coptos de Macario el Grande" se cuenta, entre otras historias de dantesca imaginación, que el viejo Macario, un día que caminaba por aquellas soledades se encontró con una calavera humana. La tomó en la mano y tuvo con ella el siguiente diálogo:

Macario — ¿Quién eres?

Calavera — Soy griego del tiempo de los gentiles.

Macario — ¿Estás en el reposo en el sufrimiento?

Calavera — En los tormentos.

Macario — ¿En qué consiste tu tormento?

Calavera — Estamos arrojados en un río de fuego, y nuestros rostros no pueden verse los otros rostros porque nuestras espaldas están unidas a las otras. Sin embargo, en el momento en que se hace una grieta por nosotros, recibimos un poco de reposo.

Macario — ¿En qué consiste ese reposo?

Calavera — "Durante un padecimiento, nos vemos el rostro los unos a los otros y nos cruzamos una palabra".

Para la encendida imaginación humana — que sabe, por la vida en el desierto, lo que es la soledad — el infierno consiste en estar los rostros juntos, pero de espaldas; en convivir sin diálogo. A la sola palabra, un solo padecimiento que comunique a un hombre con otro es para ellos un alivio, un volver a ser hombres. Porque, como dice Gabriel Marcel: "el hombre, más que un animal racional o un animal instintivo, es un animal dialógico, un animal logante".

La imagen no puede ser más expresiva. El infierno es la falta de diálogo. Y no propiamente por silencio, sino por todo lo que se produce de tormento, de incapacidad de vida, de irresponsabilidad y de homicidio, cuando las personas comienzan a ser incapaces de comunicarse y entenderse entre sí.

La petición de los médicos y de las enfermeras — a la cual nadie puede tener sensibilidad humana — de negarle justicia — era un diálogo. Pero la falta de respuesta, la cerrazón total, la rigidez del sistema, retorció lentamente los factores del problema colocándolos, como los condenados del viejo Macario, espalda con espalda, con lo cual, sólo se dejó el conflicto resuelto, causando daño e insatisfacción, sino que produjo el infierno porque detrás y por en medio del no-diálogo, ha comenzado a correr el río de fuego del dolor humano de miles de enfermos necesitados de atención hospitalaria y que día a día se ven condenados a esperar o agravarse en su dolor y en sus sufrimientos.

Esta situación gravísima ya no se limita, como en la negativa de diálogo con los obreros, a un sindicato. Esta situación gravísima ya no se limita, como en la negativa de diálogo con la empresa privada, a un gremio. El problema hospitalario lo siente todo propio TODO NICARA-

GUENSE, porque el que no está enfermo hoy, lo puede estar mañana; y no hay derecho a cerrar por capricho las puertas de un diálogo, cuando esas puertas también significan vida o muerte, curación o gravedad para todos los ciudadanos.

Si el conflicto no tuviera esas dimensiones infernales (de verdadero tormento) no hubiera ofrecido su mediación el clero todo de la diócesis, ni hubiera escrito su angustioso y paternal llamado el Arzobispo ofreciendo también su mediación. ¿Qué otras voces más serenas, más compenetradas de la situación, más imparciales, espera oír el Gobierno para convencerse de que el problema hospitalario — sumado al problema de sus médicos y enfermeras — es un grito visceral y desgarrador de una ciudad destruida, desatendida, llena de sufrimientos y que ahora agrega a todas sus angustias el temor de enfermarse? ¿Quién no teme ahora — sobre el natural miedo a cualquier enfermedad — ir a parar a un hospital, a recibir tratamientos de neófitos, a ser cifra de dolor dentro de la anarquía, o mitad enfermo-mitad preso en sitios sitiados por el ejército? ¿Será esa intranquilidad y ese barullo político una casa de salud? ¿Y qué es lo que ha llevado a este pobre pueblo a ese extremo de inhumanidad hasta con lo más respetable que es su dolor, sino la falta de diálogo?.

En la Biblia, el primer crimen, el de Caín, se incubó, cuando molesto con Abel "se enfureció Caín y andaba cabizbajo" (Génesis 4.6.). Lo primero fue el cese del diálogo. Ahí comenzó su infierno. Todo conflicto humano desemboca en el infierno, es decir, en el daño o en el atropello de uno por el otro, cuando se cortan los puentes del diálogo. La situación dantesca de nuestros hospitales no es más que la repercusión, en el sitio resonante del dolor humano, de la situación general de la ciudad. Managua es un conflicto sin solución. Es una ciudad-conflicto. A tanto tiempo después del terremoto sigue dispersa, confusa, ininteligible, traumatizadora, porque se está haciendo sin diálogo. Ni siquiera se sabe qué es o cómo va a ser la ciudad. Es una ciudad sin palabras, nacida de una sordera impenetrable que le está imprimiendo ese carácter de incomunicación y dispersión fatales para un pueblo. Su estructura urbanista, hasta hoy, es el reflejo de la falta de opinión y de entendimiento: es el lugar donde sufre condena una población obligada a convivir sin verse, sin hablarse pero amarrada espalda con espalda.

Al trabajo no se le oye. Al capital no se le oye. Al espíritu no se le oye. Al dolor no se le oye. La ciudad está creciendo sin oír sus principales voces.

Un millón de voces piden la palabra. Una sola sordera se las niega.

¿Hay derecho?.

PABLO ANTONIO CUADRA